



DESTINOS INÉDITOS



Viaje a Kronstadt



Monumento a Pedro el Grande.

Canal de San Petersburgo.



Casino de Madrid

Muy de mañana, para aprovechar esta ocasión tan deseada, salimos de San Petersburgo por la autopista de Finlandia. El viejo taxi nos interna en el paisaje -fuera de la gran ciudad-, blancos abedules y *dachas* escondidas; es mediados de septiembre y luce ya tibio el último sol del verano.

A unos 20 km nos desviamos sobre un enorme dique de la segunda mitad del siglo xx, concebido para permitir el paso de navíos de gran porte. Es una obra imponente, diría, y nunca mejor empleado el término, faraónica, pues fueron los rusos los constructores de la presa de Asuán en el Alto Egipto, bajo Nasser; inmediatamente la recordé por una más que cierta similitud con esta cantera.

Con el dique se ha unido la costa a la isla de Kronstadt a través de otros islotes menores, en los que se aprecian fortificaciones en ladrillo de Pedro I, creador de la base naval e instalaciones de la *flak*, artillería antiaérea de la Segunda Guerra Mundial. Las obras están hoy absolutamente abandonadas; queda aún abierto un brazo de mar de unos siete kilómetros de anchura entre lo que fue isla de Kronstadt y la costa sur del golfo de Finlandia. La idea del dique es buena, prevenir las raras pero devastadoras situaciones de mareas altas, protegiendo San Petersburgo y la línea litoral muy baja.

Entramos en la ciudad de Kronstadt tras atravesar el muro y canal que la circundan por el norte, construidos por Pedro el Grande para proteger San Petersburgo de suecos y alemanes. Fue cuna de famosos navegantes, como Bellinghausen, que se ilustró en la Antártida, y Poktusov, en el Ártico y mar Blanco. En sus atarazanas se armaban los navíos, encontrándose hoy en día las escuelas de Máquinas, Cadetes y Náutica.

La emoción es manifiesta, curioseamos, prismáticos y cámara en ristre, por el *sancta santórum* de la Armada ex soviética; su base naval más emblemática, esto nos hubiera supuesto, apenas diez años antes, un alojamiento gratuito en los siniestros calabozos de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Pero seamos optimistas: el tiempo nos sabe a poco, el aire marino en las limpias y bien trazadas avenidas recuerda ese común estilo indetectable pero real que se encuentra en otras bases navales, sean Portsmouth, Kiel, Wilhelmshaven, Toulon o nuestra Cartagena.

La guía, una preciosidad nórdica, veinteañera, con ojos grises, profundos como su mar, habla un castellano perfecto; se llama Helena.

Con tacto, le hacemos preguntas discretas -digo hacemos pues me acompañaba mi mujer hamburguesa-, por ejemplo sobre las estatuas, las pocas que aún quedan de Lenin; sabiamente, nos



DESTINOS INÉDITOS

Viaje a Kronstadt

Los minadores y lanchas rápidas alemanes tenían prácticamente cerrado el golfo de Finlandia; sólo pasaban los aviones y algún submarino.

Curiosa imagen en la que aparece un oso callejero.



contesta explicando que se mantienen porque ya son historia.

En el puente de la entrada nos espera el guía local, hombre mayor, típico producto de la *ikastola* soviética; ya de entrada frunce el ceño ante dos nacionalidades que tanto tuvieron que ver con su ciudad. Las explicaciones, por demás interesantes, nos llegan por medio de nuestra vikinga: por ejemplo, en la dársena que tenemos delante de la Casa de los Holandeses el nivel del agua es la cota cero para medir las alturas de toda Rusia; vamos, el Alicante de allí.

En un tranquilo parque una estatua de Pedro I el Grande nos recuerda la figura del gran zar, que después de 100 años de aislamiento supo incorporar su país a Europa y a su tecnología más avanzada. Pedro I, en su curiosidad, llegó a trabajar de incógnito como simple carpintero en los astilleros holandeses para conocer los secretos de su construcción naval, la más avanzada de la época. Al final de los jardines aparecen los muelles, con un crucero, varias fragatas y avisos que no hay problema alguno en fotografiar.



Contigua se encuentra una enorme escuela de marinería. Durante siglos, antes de la difusión de la relojería, un cañonazo ,desde allí señalaba el mediodía, reglando las actividades de la ciudad portuaria.

A nuestro taciturno guía le hago una pregunta que le sorprende muchísimo, y más viniendo de un español: «Sí -me dice-, está usted en lo cierto, aquí enfrente estaba fondeado el acorazado *Marat*». Durante días sin pausa en el otoño de 1941, hasta 300 aviones germanos machacaban las instalaciones portuarias y la Flota del Báltico allí concentrada. Eran más o menos contenidos por una terrible y densa *flak*, más de 100 bocas de fuego por kilómetro cuadrado, añadidos a la propia artillería de la Flota.

Los minadores y lanchas rápidas alemanes tenían prácticamente cerrado el golfo de Finlandia; sólo pasaban los aviones y algún submarino. Existía además una barrera de minas de costa a costa y una red antisubmarina doble, de 40 km desde Porkkala (Finlandia) a Reval (Estonia). Por cierto, en ese bloqueo participaron activamente miembros de la Armada española integrados con sus homólogos germanos.

Pues bien, pido excusas por extenderme con la anécdota pero creo que esto es importante en la historia aeronaval.

El as de ases alemanes, el piloto más condecorado de la Segunda Guerra Mundial; él solo, con el cañón de su *stuka*, destruyó más de 500 carros de combate. Me refiero a H. U. Rudel. Aparece su *Ju87* atravesando el bajo techo de nubes de 300 m. y casi en picado vertical, 70°-80°, suelta la bomba de 1.000 kg con espoleta de tiempo que impacta con total precisión a la altura de la segunda casamata, partiendo en dos al *Marat*, de 23.000 toneladas.

El picado, por centrar el blanco, ha sido tan vertical que no permite, como es habitual en este



Palacio de Verano.

Una vista de Kronstadt, tomada desde el barco.



tipo de aparatos, remontar cogiendo altura. Rudel, gracias a su proverbial maestría, escapa a tres o cuatro metros de las olas en medio de un endiablado fuego de las dotaciones artilleras rusas. y ahora, felizmente los niños están jugando en este mismo lugar. Mientras estoy absorto en estos recuerdos, nuestro «camarada-guía» sigue con sus explicaciones: allí estaba el primer dique seco que se construyó en el Peter Canal. Tuve que apostillarle que sería con permiso de los ingleses, lo que evidentemente no le agradó demasiado. Más adelante señala el hospital donde a fines del siglo XIX se descubrió la vacuna contra la peste; una casita blanca y amarilla casi escondida entre los abedules es otro hito: desde allí Popov en 1895 comunicó por radio «Gogle» en Rusia con Kotka en Finlandia, 80 km; emitieron «Pi» y contestaron «3,1416». Entre tanto tuvieron tiempo en Kronstadt de inventar las minas navales y los torpedos; lo de la mina submarina es verdad, lo del torpedo creo que sus orígenes están en la Guerra de Secesión americana. Me atrevo una vez más a interrumpirle la perorata diciéndole que en este campo el señor Marconi era algo más que un oficial de tercera electricista, según me lo situaba, y que Hertz Heinrich, el primero que produjo y transmitió ondas, sí había existido.

Ya exasperado, y lo sentía por la bella y azorada traductora, le pregunto al guía-stalinista si también Cristóbal Colón y las tres carabelas salieron de Kronstadt camino de las Indias.

Excuso decirles que *ipso Jacto* nos quedamos sin guía. Diez años antes hubiera avisado a una pareja de la N. K. V. D. para que de momento me retiraran el pasaporte, así que su ausencia, la verdad, nada nos importó.

Limpias avenidas con enormes y cuidados cuarteles a los lados nos llevan a la plaza Yakomaya donde está la Catedral Naval, atención al nombre, inaugurada por Nicolás II. El suelo de calles y plazas es muy curioso: enormes adoquines tienen incrustado un hierro a modo de herradura para darles consistencia; eran costeados por ricos comerciantes de la ciudad, siglo XVIII, que por esas aportaciones podían ennoblecerse.

La Catedral Naval podía acoger 5.000 fieles.

Su pavimento es un enorme mosaico que representa el fondo del mar; en las bóvedas, más mosaicos que imaginan el cielo, en definitiva lo que un marino tiene en su nao por encima y por debajo. Me recordó, salvando distancias en todos los órdenes, a Santa Sofía en Estambul. El diámetro de su bóveda es de 27 metros, la de Constantinopla tiene 31 metros, pero se construyó 14 siglos antes. Sus arquitectos, Artemio de Tralles e Isidoro de Mileto, no fueron superados por el zar.

Desde la cúpula, observatorio privilegiado, se dirigía el fuego de los antiaéreos en esas terribles

Panorámica de una parte del puerto.



Casino de Madrid



DESTINOS INÉDITOS

Viaje a Kronstadt

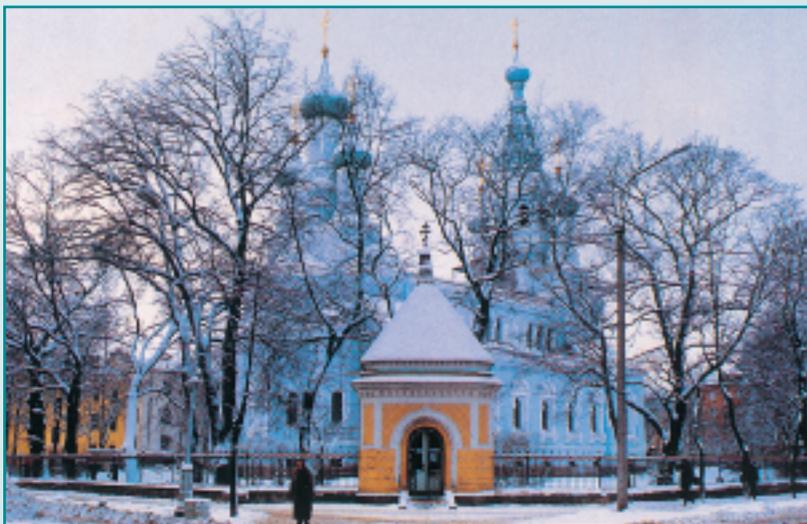


Arriba, fuerte del Emperador Alexander. Sobre estas líneas, Catedral de Santa Isabel. Abajo, Catedral del Príncipe Vladimir.

noches que antes citaba. La Catedral actualmente no tiene culto, pero alberga un variopinto e interesante museo naval.

Ya en la plaza nos detenemos ante el monumento a los marinos de los 44 submarinos perdidos por la Unión Soviética en el Báltico, mar peligroso para estas naves por su poca profundidad.

La guía en esa misma gran plaza nos señala un soberbio monumento en bronce al mejor marino



ruso de la época e hijo predilecto de Kronstadt, el almirante Makharov. El sí inventó y mucho: se le debe el primer rompehielos del mundo, el *Yermak*, tan necesario en estas latitudes; aún hoy se usa la «palleta Makharov» para taponar vías de agua; extendió también el uso generalizado de compartimentos estancos en la construcción naval, perfeccionando los diques flotantes. En los largos años en que ejerció su mando en la base trajo a ella el agua potable por cloración, y el gas, mejorando mucho las condiciones de vida de la marinería, renovando todas las instalaciones. Sus hombres le adoraban: era enérgico, ofensivo y un gran táctico. Ante el deterioro de la situación en Port Arthur (guerra ruso-japonesa 1904), se le envió de urgencia para el mando en el recién inaugurado Transiberiano. «Al llegar nuestro almirante, los hurras en su honor de los marinos se oían en Tokio». Inmediatamente pasó a la acción con una serie de salidas para romper el bloqueo nipón. En una de esas escaramuzas, su navío insignia, el *Petrovsk*, se adentró en un campo de minas recién colocado y no señalado, saltando con toda la tripulación. Crucial pérdida para la flota zarista, los japoneses acaban con ello de ganar la guerra, pero no lo saben aún. En un juego de la guerra se imaginan ustedes a Makharov enfrentado a Togo. Seguramente Tushima no hubiese tenido lugar, o tal vez con diferente resultado. Eran parejas rivales pero con habilidades y arrojo equivalentes, como años más tarde lo fueron Hipper y Beatty.

Kronstadt —y no puedo extenderme más— fue lugar del célebre Motín de la Flota en la Guerra Civil de 1921. Durísimamente reprimido por los soviets, hizo que el mismo Lenin variara algunas de las disposiciones que lo habían motivado.

Contentos y con ganas de volver, por calles que alegra la marinería con sus clásicos chalecos a rayas azules y gorro echado hacia atrás, vamos de



Diferentes piezas de artillería pueden admirarse en un agradable paseo.

vuelta a recuperar nuestro paciente y renqueante taxi. Por falta de tiempo no podemos visitar los fuertes de Melchikov y de Alejandro I, semejantes a los de La Rochelle y Fort Bayard.

En una maratónica jornada convencemos a Helena para que nos lleve al Palacio de Verano de los Zares en Puschkin, Tsarskole Selo, (aldea de los zares), a unos 10 km al sur de San Petersburgo. Es obra de Rastrelli y fue residencia favorita de la emperatriz Catalina II. Allí durante tres largos años estuvieron las líneas germanas amenazando la capital.

Comenzamos un hábil interrogatorio a nuestra guía: ella nos dice que fueron los nazis alemanes quienes quemaron el Palacio, pero más bien creo que fueron los otros, los suyos, con su artillería, quienes lo hicieron. Hoy el palacio y sus jardines están módicamente restaurados, quedando latente el misterio un tanto rocamboloso de la desaparecida y famosa «Cámara de Ámbar», de Schlüter, regalo de Federico Guillermo I de Prusia a Catalina la Grande, alemana por cierto. Le digo a la rubia Helena que aquí, frente a los rusos, estuvo también la División Azul. ¡Ah!, salta ella, oído sin duda de sus padres, «esos ya eran otra cosa, "los azules" los *spanki*».

Eran esos soldaditos que jugaban al fútbol en el patio donde estábamos ahora y que más tarde, en Krasni Bor, muy cerca de aquí, tuvieron sus horas de gloria. Tres batallones reforzados, frente a 38 rusos con 150 baterías y 80 carros pesados, impidieron con su sangre, con 17 medallas militares y dos laureadas, la ruptura, y se ganaron para siempre el respeto de sus camaradas germanos. Aún hoy, en Alemania, lo mismo que aquí, se acuerdan del honor de la *Blau*, división 250 de línea.

Ya de noche en el hotel Europa, invitamos a nuestra guía a una carta típica rusa: el borschtsch (sopa de remolacha), cangrejo de Kamchaka y esas bolitas verdes que no son para tanto. El *Russian Mousse* o *Champagne de Crimea* me obliga a acordarme con añoranza de *El Gaitero*.

El día fue maravilloso, difícil de sintetizar, amenizado por la compañía de Helena, descendiente sin duda de esos *varangian*, vikingos suecos que pasando por aquí, siglo X, y que a través de

los lagos Ladoga y Peipus descendieron por el río Dnieper, llegando al mar Negro y formando parte de la guardia pretoriana del emperador de Constantinopla.

Lo bueno si breve, dos veces bueno. Brindamos los tres con las burbujas de Crimea por Kronstadt, por España y por la Santa Rusia y su raza eslava, que tan directa es en comprender a los españoles; que se lo pregunten si no a los *spanki* de la *Blau*.

Gerardo Seco Ródenas



Kronstadt fue lugar del célebre Motín de la Flota en la Guerra Civil de 1921. Reprimido por los soviéticos, hizo que Lenin variara disposiciones que lo habían provocado.

Plaza Yakomaya, con la Catedral Naval y el monumento al Almirante Makarov.

